



Sobre "El talón de hierro", de Jack London

"Literatura y Revolución", León Trotsky

El libro me produjo -hablo sin ninguna exageración- una profunda impresión. No por su calidad artística: la forma de la novela no es aquí más que la armadora para el análisis y diagnóstico social. El autor es intencionadamente limitado en el uso de sus medios artísticos. No le interesa tanto el destino de sus héroes como el destino de la humanidad. Con esto, sin embargo, de ninguna manera quiero desmerecer el valor artístico de la obra, especialmente en sus últimos capítulos que comienzan con la comuna de Chicago. Las descripciones de la guerra civil se desarrollan como poderosos frescos. Sin embargo, este no es el rasgo fundamental. El libro me sorprendió por la audacia e independencia de su previsión histórica.

El movimiento obrero mundial a fines del pasado siglo y a comienzos del presente, estaba bajo el signo del reformismo. La perspectiva de un progreso mundial pacífico e ininterrumpido, de la prosperidad de la democracia y de las reformas sociales, parecían aseguradas para siempre. La primera revolución rusa, es verdad, hizo revivir el ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana y dio durante cierto tiempo fuerza dinámica al anarco-sindicalismo en Francia. *The Iron Heel* lleva sello indiscutible del año 1905. Pero cuando este notable libro apareció, ya se estaba consolidando en Rusia el dominio de la contrarrevolución. En el campo mundial, la derrota del proletariado ruso dio al reformismo la posibilidad no solamente de retornar las posiciones temporalmente perdidas sino también de someter por completo a él al movimiento obrero organizado. Baste recordar que precisamente en los siete años siguientes (1907-1914), la social-democracia internacional maduró definitivamente para el vergonzoso y vil papel que jugó durante la guerra mundial.

Jack London no solamente absorbió creadoramente el ímpetu proporcionado por la primera revolución rusa sino que consideró a su luz el destino de la sociedad capitalista en su conjunto. Precisamente aquellos problemas que el socialismo oficial de la época consideraba definitivamente enterrados; el crecimiento de la riqueza y del poder en un polo, de la miseria y la desposesión en el otro; la acumulación del odio y el rencor social; la inalterable preparación de sangrientos cataclismos, todas esas cuestiones que Jack London las percibió con una intrepidez que nos hace preguntar una y otra vez con asombro: ¿Cuándo fue escrito esto? ¿Realmente antes de la guerra?

Debe acentuarse especialmente el rol que Jack London atribuye a la burocracia obrera y a la aristocracia del trabajo en el ulterior destino de la humanidad. Gracias a su apoyo, la plutocracia norteamericana no solamente consiguió vencer la insurrección obrera sino también mantener su dictadura de hierro durante los tres siglos siguientes. No discutiremos con el poeta, la demora que puede parecer demasiado larga. Sin embargo, no se trata del pesimismo de Jack London sino de su apasionado esfuerzo por sacudir a aquellos que están embotados por la rutina, a obligarles a abrir los ojos y a ver las cosas y lo que se aproxima. El artista utiliza audazmente el método de la hipérbole. Presenta las tendencias arraigadas en el capitalismo: opresión, crueldad, bestialidad, traición, llevadas todas a su extrema expresión. Opera con siglos a fin de medir la tiránica voluntad de los explotadores y el rol traidor de la burocracia obrera. Pero sus más "románticas" hipérbolas son finalmente mucho más realistas que los cálculos al estilo contable de los llamados "políticos moderados".

Es fácil imaginar con qué condescendiente perplejidad recibió el pensamiento socialista oficial las amenazantes profecías de Jack London. Si nos tomamos el trabajo de revisar los comentarios a *The Iron Heel* aparecidos entonces en el *Neue Zeit* y *Vorwaerts* de Alemania, en el *Kampf* de Austria y en *Arbeiterzeitung*, así como en las restantes publicaciones socialistas de Europa y América, nos convenceremos fácilmente que el "romántico" de treinta años veía incomparablemente más claro y más lejos que todos

los líderes social-demócratas de aquella época tomados en su conjunto. Pero Jack London soporta la comparación en este terreno no solamente con los reformistas. Puede decirse con seguridad que en 1907 ninguno de los marxistas revolucionarios, sin excluir a Lenín y a Rosa Luxemburgo, imaginaron tan plenamente la siniestra perspectiva de la alianza entre el capital financiero y la aristocracia obrera. Esto basta por sí mismo para determinar el peso específico de la novela.

El capítulo "La bestia vociferante", constituye indudablemente el foco del libro. En la época en que apareció la novela, este capítulo apocalíptico habrá parecido ser el límite del hiperbolismo. Sin embargo, los acontecimientos posteriores casi lo han superado. Y la última palabra de la lucha de clases está lejos de haber sido dicha. La "bestia" es el pueblo oprimido, humillado y degenerado en último grado. ¿Quién no se atrevería a hablar por esta razón del pesimismo del artista? No, London es un optimista, sólo que de lejana y penetrante mirada. *"Mirad a qué clase de abismo os arrojará la burguesía si no termináis con ella!"* Ese es su pensamiento. Hoy, esto suena incomparablemente más real y agudo que treinta años atrás. Pero aún más asombroso es la visión genuinamente profética de los métodos mediante los cuales el "talón de hierro" sostendrá su dominación sobre la aplastada humanidad. London manifiesta una notable independencia frente a las ilusiones pacifistas reformistas. En su descripción del futuro no hay ni pizca de democracia ni de progreso pacífico. Por sobre la masa de los desposeídos se elevan las castas de la aristocracia obrera, del ejército pretoriano, de una policía que todo lo vigila, con la oligarquía financiera en la cumbre. Al leerlo, uno no cree sus propios ojos: ¡es precisamente la descripción del fascismo, de su economía, de su técnica gubernamental, de su psicología política.! El hecho es indiscutible: en 1907 Jack London ya preveía y describía el régimen fascista como el resultado evitable de la derrota de la revolución proletaria. Cualesquiera sean los simples "errores" de la novela -existen- no podemos dejar de inclinarnos ante la poderosa intuición del artista revolucionario.

Coyoacán, 1937